

## *Un dolor en el alma*

*Adicciones* es uno de los términos del cartel de entrada del centro en el cual trabajo. Eva dice que hizo una adicción a la nalbufina (nubaina) y diacepan (valium). Con algunas dificultades para hablar, propias de la cantidad de psicofármacos que le suministran en una clínica psiquiátrica, refiere haber comenzado un año atrás a inyectarse importantes cantidades de droga, varias veces por día.

Unas semanas atrás, encendedor con forma de revolver en mano, intenta robar una farmacia. La empleada comienza a gritar y Eva es detenida por la policía. Luego de pasar quince días en la comisaría de la mujer, es trasladada a una clínica psiquiátrica y, desde allí, solicita la entrevista.

### ***Decisiones***

De cuarenta y ocho años de edad, es enfermera y partera universitaria. Trabajó durante ocho años en una clínica geriátrica y otro tanto en hospitales. Si bien durante gran parte de su vida consumió psicofármacos, en el momento en el que la pasan como enfermera de partos, algo se desacomoda de tal manera que es necesario para ella inyectarse hasta cuatro ampollas de nubaina o demerol por día. Dirá que sus compañeras de trabajo le hacían la vida imposible, que el clima de trabajo era muy exigente, pero sólo más tarde podremos precisar qué es lo que en ese momento sucede.

*Un dolor en el alma* es lo único que puede decir de lo que le pasa. Aunque esta frase se presenta en varias ocasiones, y le pido asociaciones el respecto, es muy poco lo que Eva puede decir sobre este dolor. Dirá que no tiene otra forma de definirlo y que la única forma en la cual deja de sentirlo es cuando está bajo el efecto de alguna droga.

Tiempo después relata una escena de sus 26 años: su abuela materna agoniza en una cama de hospital, y resulta claro, para la familia, que es necesario tomar una decisión respecto de prolongarle la vida médicamente o dejarla morir. Eva dice sorprenderse de haber tomado ella esa decisión que deberían haber tomado su madre o su tío, “como hijos”. Es ella quien interviene en la cuestión y decide por la segunda opción. “Nosotros hacemos lo que vos digas”, dice su madre. “Mi mamá, el último punto no lo pudo afrontar, y, mi tío, peor; el día que murió mi abuela lo tuvieron que ir a buscar”, dice Eva. ¿Por qué tomó usted esa decisión?, le pregunto. “Porque me lo permitieron”, responde.

Cuidando a esta abuela se da cuenta de que le gusta el oficio y decide abandonar veterinaria para ingresar a enfermería.

### ***Mamá gato***

Eva tiene un hijo, siete perros y más de treinta gatos. Dedicó la mayor parte del día a la atención de estos animales. Los alimenta, los limpia, les da la medicación correspondiente. Todos tienen nombre y los conoce uno por uno. Qué enfermedades tuvieron, si fueron o no castrados, dónde los encontró. Dice que se siente “Mamá Gato”, que los entiende y ellos la entienden a ella; que de los animales ha recibido más amor que de las

personas. Todos estos animales fueron encontrados en la calle desvalidos y desprotegidos. Cuando el dolor en el alma es tan intenso y piensa en matarse, imaginar a estos “pobres animalitos” sin su cuidado le “permite seguir adelante.”

De su hijo de veintidós años refiere que prácticamente lo criaron sus padres porque ella trabajaba todo el día. Al margen de algunas quejas y unos pocos comentarios, no es mucho más lo que dice de él. Cuando estuvo "complicado con drogas" ella no descansó hasta que consiguió internarlo; cuando alguna vez estuvo enfermo, ella pidió permiso en el trabajo para cuidarlo; se queja de su desatención, pero no mucho más.

“Siempre fui muy bichera. Cuando era chica estaba una semana llorando si se moría un gato”. “Una vez, yo tenía seis años, mi papá me regaló un hornero que encontró en la vía del ferrocarril, me fui a dormir y al otro día, cuando voy a verlo, estaba muerto”; “mi papá debería haber sabido que son animales que no pueden vivir en cautiverio”.

En varias ocasiones, Eva había referido que ella no llora porque es la más fuerte de su familia. Efectivamente, en muy pocas entrevistas lloraba, por lo cual me sorprende que, un día en el que concurre fuera del horario acordado, estalle a llorar intensamente, aún en la sala de espera.

Cuando el llanto se lo permite, relata lo siguiente: el día anterior se despierta a la mañana, llama a su gato preferido que no aparece. Pasa todo el día desesperada, buscándolo por el barrio; hace carteles, habla con vecinos. A las once de la noche, su madre le dice que, por la mañana, su padre encontró a su gato muerto, lo puso en una bolsa y lo sacó para que lo lleve el camión de residuos. Además, decidió no decirle nada y contempló todo el día la búsqueda de Eva en silencio.

Le pregunto por el nombre del gato. Me dice que se llamaba “Poroto”, pero que ella le decía “Pichón”. - Pichón, le señalo. “¡El hornero!”, dice ella.

## ***Todos los caminos conducen a Roma***

***Primer sueño:*** “Anoche me desperté con un sueño, no me acuerdo bien... había estado andando por todos los hospitales, buscando un detector de latidos. Estaba embarazada y no lo sentía moverse, me habían golpeado la panza, estaba desesperada”

A continuación, contará que el día anterior, una vecina le habría comentado que su hija estaba embarazada; entonces, ella, como otras tantas veces, interviene en el asunto, es decir, le da las indicaciones para que esta muchacha realice un aborto.

Las asociaciones siguen; dice que, en un grupo de control mental al que concurría mensualmente, estuvieron hablando del tema del aborto, y que se habría quedado pensando en que ella tiene puesto un DIU, que, por lo que tiene entendido, es un método abortivo. Le pregunto en qué se detuvo, puesto que interrumpió su relato bruscamente. Luego de un momento de silencio, señalando su cabeza dice: “los abortos que yo hice los tengo acá”.

Eva dirá que se ha realizado trece abortos. “Algunas veces fueron fallas de los métodos, otras porque no pensé en las consecuencias”. La cuestión es que, en la última de estas intervenciones, es el médico, asustado por los hechos, quien pone término a esta serie y, prácticamente, la obliga a usar un método anticonceptivo permanente. “Esto debe dolerme mucho; trato de justificarme, trato de alejarlo, pero están ahí... es como que duelen, una sabe que mató”.

**Segundo sueño:** “Yo llegaba a mi casa, estaba el galgo y un policía bastante prepotente que me daba una semana para deshacerme de él, y yo estaba preocupada”.

Este sueño la mueve a risa; dice que siempre sueña con animales, que no está acostumbrada a soñar con personas y, mucho menos, con "milicos". Sonríe y dice no entender porqué se tendría que deshacer de este perro en particular, si es que ella tiene un montón de perros y gatos, y Tony, el perro galgo, no le hace daño a nadie, es el más bueno, es un santo. ¿Deshacerse de un santo?, le pregunto; ya no sonrío.

Me dirá que su padre es buenísimo, pero que una vez escuchó una de esas cosas que nunca le tendrían que haber contado. Su padre, con una vecina, metió a una gata y su cría en una bolsa y la tiraron a un arroyo. “Los ahogaron a todos”. No sabe quién se lo contó, pero le parece que es una escena que se repitió varias veces.

Las asociaciones continúan: su padre en la actualidad le insiste frecuentemente para que se deshaga de algunos de los tantos animales que viven con ella y que dan motivo a muchas peleas familiares.

Terminada la entrevista, ya en el pasillo, sonriendo nuevamente me dice: “yo le había contado que mi papá fue policía, no?”.

**Olvido de nombres:** en virtud de que estaba buscando trabajo, me dirá que necesita buscar un certificado en ... (no atina a dar con la palabra buscada). Luego de un par de minutos me dice que el certificado lo pasará a buscar por Sanidad (Dirección de Sanidad). Le propongo que diga lo que se le ocurra. “Sanidad, sanar, sangre”; “sangre, vampiros, ira”. “ayer vi un documental sobre un grupo de personas en Estados Unidos, los vampiros, que sacrifican personas para chuparle la sangre, es un horror!” Le pregunto en qué se detuvo puesto que interrumpió sus asociaciones, y me dirá que siempre termina en lo mismo: los abortos. “La culpa está, me duele”; “yo lucré con eso”. A veces, un mismo aborto era atribuido a dos personas simultáneamente: “el dinero de uno se lo daba a la partera y el otro me lo quedaba yo; hacía negocio con eso, peor no podría ser...”.

### ***Otro dolor: la máquina***

Eva dice que en algunos momentos ve todo negro. No puede parar de pensar en las cosas que hizo. El dolor se le hace tan intenso que para ella el mundo no existe. “No entiendo, hay algo dentro mío que me hace ver todo negro, me doy manija”. “Entro en un pozo oscuro del que no puedo salir” y piensa en cierta “intervención”. “Soy enfermera”, dice, yo sé como hay que hacer para morir sin sufrimiento”. Sabe cómo cortarse las venas sin que la hemorragia pueda ser detenida, sabe qué cantidad de drogas necesita un cuerpo para que el efecto sea irreversible. Eva dice que sabe de la muerte. En el geriátrico donde trabajaba, ha “mirado varias veces la muerte a los ojos”; “suplo la antesala de la muerte”; me dice: “era un trabajo difícil, pero qué quiere que le diga, a mi me gustaba”.

En cierta ocasión relata una escena en la cual una anciana tiene una “muerte espantosa” a causa de una enfermedad de la piel. Eva escucha una conversación de las hijas de esta anciana, donde una le dice a la otra “debe estar sufriendo así por todos los abortos que se hizo”.

“Hay gente que por matar a una persona está en la cárcel y yo, que maté a muchas, estoy libre: soy una asesina”. Aborto y asesinato no es lo mismo, le digo.

Tiempo después me dice que pensó en participar de la peregrinación a Luján. “Los motivos no tengo que aclarárselos, no?” Dice que está arrepentida, pero que lo “hecho, hecho está, y le gustaría cambiarlo, pero no se puede”.

## *Perspectivas*

**1.** Nadie dudaría que, para el recordar del que nos habla Freud, hace falta coraje. Trascurren varios meses hasta que el dolor en el alma, que Eva refiere, puede enmarcarse en una escena. Durante el primer tiempo, asistimos a las dificultades de ubicar ese dolor en las coordenadas simbólico imaginarias que luego lo determinan. Aquella definición freudiana del dolor, como aquel *fenómeno que implica el fracaso de los dispositivos (psíquicos)*,<sup>1</sup> no podría ser más acertada. Si el dolor está fuera del "dispositivo", no se deja tratar por los mecanismos simbólicos y, como tal, también queda por fuera de la temporalidad.

Durante varios meses, Eva refería sentir aquel dolor, se llevaba una mano al pecho como para ubicarlo corporalmente y ya no podía agregar nada más. Cuando le pedía asociaciones al respecto, hablaba de una sensación de fracaso, y luego, el silencio.

Desde la indeterminación inicial hasta los sueños y los actos fallidos, no se trata de otra cosa que de la posibilidad de establecer ligaduras cada vez más sutiles. Al tiempo en que el dolor se determina en aquellas escenas, la vida de Eva, indudablemente, se le hace más llevadera.

Nadie dudaría que, para recordar, hace falta coraje. Y nadie dudaría tampoco que, seguramente, Eva se acordaba a la perfección de sus abortos. Sin embargo -y esto parece ser lo esencial- hasta que no se enlazan al dolor, no ha sucedido gran cosa. En los sueños es donde, por vez primera, aparece esta juntura. Nunca antes del primer sueño, Eva había siquiera mencionado el tema. En los sueños y en el olvido de nombre asistimos a un despliegue dialéctico de la cuestión de los abortos, de la referencia al padre y de la obtención de aquél lucro extra.

Quizá por la fragilidad que podía advertir, por las dificultades de Eva para hablar de este tema, o por la frecuencia inquietante de aquellos "días negros", me decidí a esperar a que este dolor se desplegara a su tiempo, sin mis preguntas. Recién el despliegue de "*sanar, sanidad, sangre*" se da de tal modo, que los abortos pueden ser un tema de conversación. Coraje y, seguramente, confianza en la palabra, que, quisiera o no quisiera, ¡todos los caminos conducían a Roma!

No es otra cosa que cierta relación con lo inconsciente la que se teje desde aquí. Y, si el saber puede suponerse, es porque algo más que alivio se puede esperar de las palabras por venir. Quien se analiza es un esperante: espera saber y, no desde siempre, las palabras parecen prometerle algo. *Hornero -pichón*, había sido su antecedente; *sangre vampiros ira*, y ya era demasiado para la casualidad.

**2.** En las "*intervenciones*" que Eva realiza, pueden ser situadas varias cuestiones de importancia. En primer lugar, se evidencia que ese Otro presenta dificultades serias cuando de responder se trata. La madre y el tío no pueden tomar una decisión que les corresponde, y es ella quien interviene en el asunto, obteniendo cierto brillo en ser "la más fuerte de la familia", y actuar en consecuencia. La otra cara, más oscura, de esta *intervención* es que Eva no estuvo de

---

<sup>1</sup> Sigmund Freud: "Manuscrito G", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen I, pág. 239.

ningún modo obligada a ello. ¿Por qué tomó usted esa decisión?, le pregunto. Porque me lo permitieron, responde.

En el ejercicio de esa función donde sus Otros fracasan, Eva obtiene satisfacción. Se despliega por vez primera la tentación de Eva por "intervenir". De aquí en más, una y otra vez, da indicaciones para abortar, ejerce ese saber sobre la muerte, se hace abortos a repetición, interviene con alguno de sus animalitos. En la impotencia de sus Otros, en aquello que no pueden afrontar, Eva teje su gala: ella sí puede responder, en su casa o afuera, que basta con que alguien le pregunte para que, como un pez en el agua, diga algunas palabras mágicas. ¡Si hasta tiene cierto prestigio en el barrio y las vecinas la consultan al respecto!

En esta pasión por intervenir está claramente indicado el padre de Eva. Desde él, la intervención se vuelve un "des-hacerse". Gatos, perros, hijos, santos, todos entran en una misma bolsa, al punto de jugar en la escena de su propio cuerpo el desprenderse de "una parte de sí misma". El formato está dado por aquella escena de su infancia, precedida de aquél aumentativo tan curioso. Su padre es buenísimo (¿quién a esta altura podría ponerlo en duda?), y, por otro lado, algunas marcas de lo lacunar: no sabe quién se lo contó y le parece que se repitió varias veces. "Los ahogaron a todos": un saber del que nunca debiera haber estado anoticiada, y la impresión de que sucedió en varias ocasiones, como aquellas cosas que se saben desde siempre, con tal de no saberlas nunca.

Por otra parte, su padre encerró a un hornero, debiendo haber sabido o a sabiendas que no sobreviven en cautiverio. Nos basta con imaginar la escena de la búsqueda de su gato preferido, pichón muerto por segunda vez, y a su padre contemplándola desde una reposera, para que queden indicadas las notas sádicas que acompañan estas *intervenciones*. Que, además, su padre sea policía en un país latinoamericano, no es efectivamente una buena combinación.

Beneficio primario, entonces, el que Eva ejerce en esa pasión por des-hacerse. A su vez, encuentra una ganancia secundaria de este ejercicio, en el "lucrar con eso". Un mismo aborto era atribuido a dos personas al mismo tiempo, y ella se quedaba con parte de ese dinero, obteniendo un poco más.

Pero este ejercicio no es gratis. Si la escena de los partos se le vuelve intramitable, es que las *intervenciones* valen su peso en culpa. En especial, el segundo de los abortos que, dado el tiempo transcurrido, hizo posible determinar el sexo: "Siempre quise tener una nena", dice Eva. El costo de este des-hacerse es el que se ahora evidencia en aquel dolor: dolor de existir, sabiendo que "mató". Y el coqueteo con aquella intervención final, que terminaría, de una vez por todas, con tanto sufrimiento y, al mismo tiempo, sería un castigo que pondría las cosas en su lugar. Mamá gato, a su vez, no podría ser otra cosa que la versión reparatoria de tanta intervención.

**3.** Este punto tiene unas cuantas aristas. La primera de ellas podría llevar por título: *el aborto como un indecidible*. Es un hecho que la cultura ha decidido sobre el homicidio. En todas las épocas, en clave religiosa o jurídica, matar estuvo condenado por todas las instituciones humanas. A tal delito, tal pena; y, si acaso pueden ser discutibles algunos pormenores, la cuestión de fondo es inapelable. Nadie podría imaginar una manifestación reclamando la despenalización del homicidio, ni hay fundaciones que promuevan la revisión de la ley en este punto. La cultura ha zanjado esa discusión y no resta mucho más que decir al respecto.

No es el caso del aborto que, hasta hoy en día, divide las opiniones, desata pasiones insondables y se precipita en organizaciones que pugnan acaloradamente en su favor o en su contra. Desde el Papa al ministro de salud, desde la derecha más recalcitrante a la izquierda

más progresista, no hay un día en el que el tema no aparezca, si no en los noticieros televisivos, cuanto menos en la prensa escrita. Las campañas políticas no pueden soslayar el tema: tarde o temprano un político tiene que expedirse respecto de su posición. Cuando un caso particular en el que fuera necesario abortar toma estado público, la sociedad se polariza, aparecen carteles de uno y otro bando, intervienen el poder judicial, el poder ejecutivo, los medios de comunicación, las asociaciones no gubernamentales, los partidos políticos. Es evidente, la cultura no ha decidido aún sobre el aborto. No ha podido, por decir así, determinarlo.

Toda esta elucubración, a Eva, podría haberle parecido muy bonita, pero no habría impedido que, prácticamente, se hiciera detener como un delincuente. Ya Freud, después de Dostoievski,<sup>2</sup> dejó indicado para nosotros los términos de esa aparente paradoja:

*"...la conciencia de culpa preexistía a la falta, que no procedía de ésta, sino a la inversa, la falta provenía de la conciencia de culpa."*<sup>3</sup>

Los términos de su detención son casi los de una comedia norteamericana. Eva relata que el encendedor tenía forma de revolver (a medias) y que entró en la farmacia tres veces consecutivas, animándose al asalto recién en su tercer intento. Las dos veces previas bastaron para que la dueña del negocio sospechara algo extraño en el proceder de esta mujer que entraba y salía sin decidirse a comprar nada, desarreglada, un tanto inquieta y con el aspecto de estar bajo el efecto de alguna droga. En el momento del atraco, la dueña del negocio empieza a gritar y Eva, delincuente peligrosa, grita con ella. A los pocos minutos, es detenida por la policía.

Aquel oscuro *sentimiento inconsciente de culpa* del que se ocupa Freud sería el segundo de los títulos, y asoma a las claras en esta fechoría. "Hay gente que por matar a una persona está en la cárcel, y yo, que maté muchas, estoy libre: soy una asesina.". Este delito pareciera intentar una determinación de la culpa, en la búsqueda del *alivio psíquico para el malhechor*.<sup>4</sup> Pero lo esencial no va en esto. Mientras la falta cometida no está sancionada, el malhechor no está, verdaderamente, habitando la cultura. El delito deja fuera de la comunidad tanto a la víctima como al victimario. La pena, reparte resarcimiento para el primero, y castigo para el segundo, permitiéndoles a los dos restituirse en la comunidad. Si hay algo que la sanción debe intentar, es que se pueda pagar lo que se debe, a justo precio, para que el daño, en última instancia contra la comunidad, quede saldado. El alivio psíquico al que Freud se refiere es secundario al respecto. Pero, aún cuando la cultura haya decidido sobre el aborto, sería difícil de creer que la significación femenina sobre el asunto escapase a las versiones del asesinato, el daño, la culpa y la reparación.

Eva necesitaba desesperadamente esta sanción y, posiblemente, el alivio; tomemos nota de que su tratamiento tiene lugar luego de su detención. La culpa es eficaz, sin dudas, pero no pareciera ser la causa de tanto dolor, por lo menos, si tenemos en cuenta lo siguiente.

Tempranamente, Eva sitúa que el dolor empieza cuando la trasladan como enfermera de partos. Cabe señalar que, hasta ese momento, las cosas habían transcurrido más o menos bien. ¿Qué se juega en ese punto intolerable, si no es la pregunta terrible, en el marco de su incipiente menopausia, de hasta qué punto ella, la que sabe de la muerte, no habría querido dar

---

<sup>2</sup> Fedor M. Dostoievski: *Crimen y castigo*, Editorial Porrúa, México, 1994.

<sup>3</sup> Sigmund Freud: "Sobre algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIV, pág. 338.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 339.

a luz a alguno de estos trece santos? Ahora, que la naturaleza regatea su generosidad y que la fecundidad declina su apogeo, ¿habrá obrado mano a mano con su deseo?

Eva no se parece a Raskolnikov, el personaje de *Crimen y Castigo*, atormentado por una mala acción y buscando redimirla. O, por lo menos, no se superpone punto a punto con él. La redención es secundaria a la cuenta no saldada de su propio deseo. Esto pareciera ser lo verdaderamente insoportable y doloroso. Desde aquí, se sigue aquella sensación de fracaso que acompañaba el dolor en el alma. Los partos que asiste como enfermera le muestran impiadosamente el fracaso de la promesa fálica con ella.

De acá en más, el empobrecimiento psíquico se debe a que todos los recursos fracasan en ligar ese punto intolerable. Cuando Freud acerca el dolor a "*una herida abierta*",<sup>5</sup> entiende que es necesario todo un gasto de contrainversión para neutralizar aquel exceso. Pero pareciera ser que nada es suficiente para dar vuelta la página de aquella pregunta atroz. Trabajo, amistades, relaciones, todo en la vida de Eva se evapora a través del agujero que deja aquella pregunta. El "dolor en el alma" no parece referirse tanto los abortos en sí mismos, sino a las facturas impagas de su maternidad inconclusa.

¿Cuán cerca se puede estar de una verdad rebelada? ¿Qué si no la alegría que circunda a los nacimientos pudo haber hecho vacilar la vida misma de Eva? ¿Qué sino el deseo trunco de un hijo queda a las claras en tanto dolor? ¿Qué sino una sensación de fracaso -la de haber fracasado en este deseo-, es la que puede impregnar aquel dolor en el alma? Y, de aquí en más, ¿qué sino el tóxico para calmar ese dolor?

**4.** Cuentan que *Dánao*, rey de *Argos*, tuvo cincuenta hijas de diferentes mujeres. Que, no del todo convencido, consintió en darlas en matrimonio a sus cincuenta sobrinos, que las pretendían. Que, para solemnizar las bodas, celebró un gran banquete, y entregó una daga a cada una de sus hijas, haciéndoles prometer, a cada una, que daría muerte a su marido en su primera noche juntos; y ellas así lo hicieron. Que, en vida, fueron purificadas por orden de *Zeus*, pero que una vez muertas, en el *Hades*, pesaba sobre ellas, las *Danaides*, la condena eterna de llenar con agua un tonel sin fondo.

Eva ponía gran esmero en la empresa de criar a sus siete perros y más de treinta gatos. Asearlos, cuidarlos, medicarlos, castrarlos le demandaba una dedicación exhaustiva de varias horas por día. A su vez, como unos cuantos de ellos tenían cría, y como cada vez que un vecino encontraba un gatito desvalido lo llevaba a su casa, con el paso del tiempo Eva acumulaba más y más gatos que cuidar. Sin embargo, con cada uno tenía un trato particular: sabía sus nombres, dónde los había encontrado, si era necesario darle alguna medicación. "Mamá gato" pinta bien la devoción con la que se dedicaba a estos quehaceres, desde unos cuantos años atrás.

En tamaña población era natural que, frecuentemente, la muerte alcanzara a alguno de ellos. Eva los sepultaba, uno a uno, en el fondo de su casa. Lo reducido del espacio y la gran cantidad de cadáveres de animales eran las condiciones propicias para que, de tanto en tanto, alguno de los perros, que gustan de hacer pozos en los parques, se le apareciera con algún pedazo de cuerpo, en la cocina o en su habitación. Eva, *Danaide*, entre el horror y la costumbre, volvía a sepultarlos, una y otra vez.

---

<sup>5</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 236.

¿Qué otra cosa sino el ejercicio de su maternidad a medias se muestra a las claras en este acontecer diario? Nos basta con el dato de que todos los animales fueron previamente abandonados para que no se nos escape el tono reparatorio de todo este proceder.

Pero, ¿qué traen esos perros en la boca sino los restos de sus propias *intervenciones*? ¿Qué vuelve en este descenso "*ad inferos*" sino algo que no se deja olvidar? ¿Qué es si no, en el seno mismo de la reparación, la muestra de que no todo es reparable, que no todo tiene solución, que los fragmentos puedan aparecer en la cocina o en el comedor de un momento para otro?

El duelo, esa forma de aceptar lo que cambia, a cambio de una promesa de saber, no parece haber ajustado bien las cuentas. Sin inscripciones, sin fechas, tampoco se trataba de verdaderas tumbas. Un gato moría y al tiempo aparecía otro que llevaba el mismo nombre. Eva, en su cementerio de *Danaides*, sepulta a la mañana lo que se asoma durante la noche.

"*Poroto-pichón*" es que el penar empieza a tener su sitio, por primera vez, y que, en ese llorar, se trate de escribir lo que se está llorando. Tal vez no sea otra cosa que, a la hora de darle, su padre exige de ella que se lo quite; que cuando su padre, *papá corazón*, le regala algo, al tiempo se muere, a sabiendas.

Tal vez, este pequeño libreto del padre regalándole un hornero, debiendo haber sabido (sabiéndolo, como todo pareciera indicar) que se mueren en cautiverio, se nos ofrece como una metáfora sutil de cómo entiende este padre la dialéctica de los dones. Que si regala, tiene fecha de vencimiento; que si ella lo acepta, es a condición de des-hacerse de él. Que si pasa como regalo, se espera de ella un sacrificio, como si el verdadero encanto estuviera en desprenderse de aquello que se da. La fechoría de atribuirle a dos hombres en simultáneo la paternidad de la criatura no hace más que empeorar las cosas; que al des-hacerse de lo que dos hombres le habrían dado, obtiene de ellos un dinerillo extra.

Sabemos, por Freud, del valor simbólico amoroso que encierra el don, y, por Lacan, que, si es amor, se trata de dar lo que no se tiene. Que quizá ésta sea la razón de tanto poco amor en este caso. ¿Y cómo no haber recibido más de los animales que de las personas? ¡Si por lo menos sus gatos y sus perros no parecieran exigir esta cuota sacrificial a cambio! No se trata, entonces, de dones verdaderos.

Pero no es el amor sino el odio lo que Eva pareciera poner en primer plano. ¿No es acaso odio aquello que se juega en el des-hacerse de lo que le ha sido prometido? ¿No será odio, más aún que envidia, lo que se merece la potencia fálica en opinión de Eva? ¿Cómo recibir algo de este padre sabiendo que está hecho para el des-hecho? ¿No es, además del dolor de la pérdida, el odio a su padre por el hornero muerto, por el "los ahogaron a todos" y por el pichón desaparecido en el camión de residuos? ¿Qué otra cosa sino odio es lo que suscita que el regalo sea en términos tan funestos? *No los une el amor, sino el espanto*, dice Borges en algún lado. Que, desde aquí, los abortos son la forma de sacarse de encima, como quien se corta las uñas, algo que le molesta.

*Dánao* dándole la daga a su hija, exigiéndole que la use a discreción. Y ella cumpliendo con el padre, pues es evidente que le obedece; pero, al mismo tiempo, ¡Eva *Danaide* lo odia con todas sus ganas al cumplir este des-hacimiento a contrapelo de su deseo!

Entonces, nota al margen, tampoco había que ilusionarse gran cosa con Eva como paciente; esto le hubiera dado las condiciones para des-hacerse del analista.

La cuestión pareciera ser que odiar tampoco es gratis; y, mucho menos, si el escenario del odio es el propio cuerpo. ¿Deshacerse de un don? ¿Cuánto cuesta? ¿Y hasta cuándo? Sí, ¿hasta cuándo?

5. Que el acting out pueda ser un sueño que no pudo ser soñado, es una magnífica referencia clínica de León Gringberg en su libro *Psicoanálisis, aspectos clínicos y teóricos*.<sup>6</sup> Detengámonos por un momento en ella, que vale la pena.

¿Porqué a veces es posible soñar, y otras, sólo repetir? La diferencia entre lo primero y lo segundo es económica. Si el yo resiste la tensión, estarán dadas las condiciones para el sueño; si no las resiste, se tratará de actuar las pasiones. Ya Freud había advertido que en la transferencia, cuando se trata de repetir, cuando el paciente actúa se debe a que la vía del recordar es, todavía, intolerable.<sup>7</sup> ¡Que es preferible hasta el enamoramiento con tal de no enterarse de lo que viene a continuación!

Si el sueño es la vía regia del inconsciente, es porque en él se pone en juego la elaboración que extrañamos en el acting out. Por esta razón, Lacan afirma que este último no se presta a la interpretación. Si bien está dirigido a un Otro, no acepta la puesta en palabras.<sup>8</sup>

Sin embargo, tomemos nota de algo esencial: tanto en el acting como en el sueño, se trata, efectivamente, de un mismo texto. El "deshacerse" del segundo sueño, pone en escena la muerte del hornero, la bolsa con los gatos arrojados al agua y los trece abortos. Además, deja indicado al padre de Eva exigiendo esos sacrificios. Que el acting out no espere nuestra interpretación, que esté contraindicado su desciframiento, no quiere decir que no esté armado de palabras.

En el acting out, el paciente hace lo imposible por no pensar, pero tarde o temprano, no puede evitar preguntarse cómo llegó hasta allí. De acting en acting, de intervención en intervención, Eva ejerce a granel su frase fantasmática con poca lucidez. Asistir como enfermera de partos parece haber sido el destello, en el que vislumbra que lo que ha hecho podría no serle del todo indiferente. Pero es que ahí, frente a aquellos nacimientos, en el punto último de la repetición, en el encuentro despiadado con su deseo de madre abortado, ¿es que ahí Eva prefiere la claridad? De ninguna manera, ¿dónde se consigue el Demerol?

6. Se dice, y con razón, que a un analista le lleva varios años orientarse en las cuestiones maternas de la clínica. Ya Freud nos advertía de las dificultades que se encuentran en el intento de esta formalización, y el trayecto freudiano respecto de la sexualidad femenina no atestigua otra cosa. Venga piadosa, en mi ayuda, esta cita de aquel trabajo de 1931:

*"La intelección de la prehistoria preedípica de la niña tiene el efecto de una sorpresa, semejante a la que en otro campo produjo el descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega.*

*En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada."*<sup>9</sup>

---

<sup>6</sup> León Gringberg: *Psicoanálisis, aspectos teóricos y clínicos*, Paidós, Buenos Aires, 1981, pág. 177.

<sup>7</sup> Sigmund Freud: "Dinámica de la transferencia", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XII, pág. 93.

<sup>8</sup> Jaques Lacan: *El Seminario, Libro X: La Angustia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.

<sup>9</sup> Sigmund Freud: "Sobre sexualidad femenina", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XXI, pág. 228.

Este material, como puede entreverse, se toma esta cuestión al pie de la letra: efectivamente, si esta paciente algún día decidiera volver, espero me encuentre en mejores condiciones para dar curso al análisis de esta cuestión casi intacta.

De la madre, entonces, muy poco. Sabemos que se habría realizado posiblemente más de un aborto y que es cómplice de aquella escena en la cual Eva busca a su gato preferido. Sabemos también que, cuando tiene que responder, por impotencia, cobardía o irresponsabilidad, no lo hace. Eva tampoco habría encontrado en su madre alguien que le ceda las condiciones de la maternidad. Ella y el padre de Eva son quienes crían a su hijo.

7. De las *reminiscencias*, fácilmente olvidamos que son recuerdos, tenues pero insistentes, lacunares, fragmentados, como si de otra vida se tratara. *Reminiscencias* son las de Platón, cuando encontraba con sorpresa que un esclavo podía resolver un problema matemático sin siquiera haber caminado en su Academia. No podía ser de otra forma: el alma aquella había habitado el mundo de las Ideas y, desde allí, retornaba fácil la clave del enigma. Nada era verdaderamente aprehendido, sino recordado.

A su vez, el joven Freud encuentra en las *reminiscencias* una buena carta para alborotar la quietud de las teorías psiquiátricas de la época. Bastaría con aquella frase, "*las histéricas padecen de reminiscencias*",<sup>10</sup> para poner patas para arriba a todo un paradigma médico. Tanto que, de ahí en más, habrá que buscar en los mecanismos psíquicos la determinación de los síntomas y en la sexualidad la causa misma, aquello que los pone en movimiento.

Son recuerdos, pero que no se recuerdan así, sin más. Recuerdos que enferman, entonces, y ya tendrá tiempo Freud, para acercar los síntomas a monumentos históricos: una verdadera sutileza para acentuar que están allí, para que algo sea recordado. El psiquismo se esmera en que todo transcurra, pero no todo fluye de la misma manera. Hay puntos de detención, *representaciones intolerables*, *afectos estrangulados*, que insisten en no ser olvidados. Recordar, se le propone a Freud en esos primeros tiempos, como el *modus operandi* de la cura: recordar para llenar las lagunas de la memoria.

Pero en este movimiento, sin que reparemos en ello, Freud pone en un primer plano, para nosotros, una teoría del olvido. De aquí, la paradoja aparente: si se trata de recordar, ¡sólo es a los fines de dejar de hacerlo! Que las palabras y los afectos pierdan la presencia que se evidencia en el síntoma bien podría ser una definición de aquellas primeras formulaciones freudianas. Si para esto es necesario recordar, no desatendamos que el verdadero horizonte es el olvido.

Si de la pulsión no se puede huir, si nuestra piel no lo permite, los destinos pulsionales se esmeran en que moleste lo menos posible. La represión, privilegiadamente, pero no en menor medida el trastorno en lo contrario y la vuelta sobre el yo, intentan mitigar la presencia pulsional. En la impotencia psíquica, para tomar un ejemplo claro: ¿de qué se trata sino de que a nuestro paciente, en última instancia, cualquier mujer aún le recuerda a la madre? Para que las cosas marchen más o menos bien en los encuentros entre un hombre y una mujer, es necesario que, del lado de él, haya sido posible olvidar que, detrás de ella, está indicada aquella que lo crió. El viceversa no es idéntico, pero, en el olvido, se le parece.

---

<sup>10</sup> Sigmund Freud: "Estudios sobre la histeria", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen II, pág. 93.

¡Si hasta la identificación misma es una forma de olvido! Olvidar recordando y recordar olvidando, tal la fórmula para que sea posible aceptar lo perdido. Bien, ¿adónde vamos?

El tóxico pareciera intentar el olvido en aquel punto donde el destino pulsional fracasó: una defensa menos sutil pero eficaz durante unos cuantos minutos. Eva decía que el dolor en el alma cedía sólo cuando se inyectaba nubaína o demerol. Queda en primer plano la función de analgésico que se espera del tóxico y, como tal, no se evidencia un fracaso del montaje toxicómano. Si Eva consulta, no es porque el tóxico haya dejado de tener los efectos que añora, sino porque la detuvieron en aquella farmacia. A veces sucede que los pacientes nos dicen que el tóxico ya no les produce los mismos efectos: no es éste el caso.

Aquel contrapunto teórico del tóxico al servicio de la defensa o en la búsqueda de placer pareciera inclinarse en este caso sobre el primero de estos términos. La cancelación del dolor está en el principio y el fin de este ejercicio, aunque Eva, con una media sonrisa, saludara el recuerdo del demerol.

*"Quien tiene cuitas, que no le falten licores".<sup>11</sup>*

Pero tampoco el tóxico es gratuito. Poco a poco, dejó de ser un licor para seguir funcionando en la cultura y, cada vez más, se volvió un fin en sí mismo. Faltar al trabajo, robar a sus compañeras, vender cosas, frecuentar lugares oscuros; Eva, en franca caída libre, va de desacierto en desacierto. Y, si eso era lo único que podía eliminar aquel dolor, ¿qué no habría que hacer en su busca?

Pero el tóxico no propone la elaboración. Durante un tiempo puede parecer, alucinatoriamente, como en un sueño, que lo que aconteció no haya acontecido. Pero sólo por un tiempo. En el despertar, las cosas se encuentran igual o peor que en el momento previo, y el fracaso en la ligazón se viste muy velozmente de culpa. El tóxico va a contrapelo de la elaboración: desatiende minuciosamente todas sus condiciones. Y es necesario tenerlo en cuenta: ni Eva ni nadie elabora gran cosa apelando tan fundamentalmente al tóxico. El recordar del que nos habla Freud es penoso, lleva tiempo, exige coraje ¡y promete menos que el demerol!

De los que delinquen por sentimiento de culpa a la peregrinación a Lujan, no creo que aquí se trate de un fin de análisis. Había transcurrido un año y medio, entre la primera consulta y el alta institucional; sin embargo, nadie puede dudar que en aquella peregrinación se jugaba cierta mediatización del dolor en el alma y, por ende, del castigo.

En esa caminata sacrificial (¿alguien duda que es un sacrificio?), está indicado el padecer y la sanción, pero, ahora, con el tono de lo compartido. Que se puede caminar con otros, hablar con otros y llorar con otros. Que cuanto más mediatizado es el tribunal que nos juzga, mejores condiciones de pagar un justo precio. Y bien podría ser que algo de su satisfacción en tantas *intervenciones*, pueda ser escrito, ahora, del lado del Otro.

Que ya no se trata de sus cuentas con la ley, sino de cómo, lejos del olvido, Eva puede responsabilizarse de su historia.

---

<sup>11</sup> Wilhelm Busch: *Die Fromme Helene*, Op. cit., pág. 75.